

Y esperad en el palacio
 A que los hombres de esfuerzo
 Con su espada determinen
 La fortuna de los pueblos.
 Mejor le sienta la aguja
 A la mujer que el acero,
 Que no se inventó la espada
 Para los oficios vuestros.
 Cesen ya, cesen de darme
 Enoj os vuestros excesos,
 Que si ora me ata las manos
 Con sus lazos el respeto,
 Pudiera ser que algún día
 Olvidara lo que os debo.
 Cuando mejor que don Sancho
 Sepáis en cualquier torneo
 Correr cañas, ó romper
 Una lanza con denuedo,
 Y derribar del arzón
 Con un bote á un caballero;
 Cuando á vencer á los moros
 Aprendáis en mil encuentros,
 Y á gobernar las naciones
 Con el prudente consejo,
 Venid á tomar entonces
 La dirección de mis reinos.
 Lo juro: entonces, señora,
 Por la vida que yo tengo,
 Por el Dios que nos escucha,
 Que la autoridad os cedo.
 Pero en inútiles quejas
 Instantes preciosos pierdo,
 Y más la patria merece
 Y más los leoneses pechos,
 Que están vertiendo su sangre
 En defensa de mi cetro,
 Que no tan vana querella
 Y tan loco devaneo.

(Vase.)

ESCENA IV

DOÑA TERESA

TER. ¡Qué afrenta! ¡Que eso escuchase!
 ¡Corrida estoy! ¡Qué despecho!
 Mal imaginas, buen Sancho,
 Si piensas que te obedezco;
 Antes que mi hermana salga
 Has de atravesar mi pecho,
 Antes yo misma en el suyo
 He de esconder este acero.
 A estorbar que el de Monzón
 Pueda conseguir su intento
 Han de bastarme los míos

Que ya alicionados tengo.
 ¡Hola! (llamando). Es fuerza que ante todo
 El estado averigüemos
 Del asalto y....

ESCENA V

DOÑA TERESA, ALCAIDE

ALCAI. Gran señora...
 TER. ¿Qué es del conde de Monzón?
 ¿Por doña Sancha no ha vuelto
 Como el rey dejó mandado?
 ALCAI. Nadie ha llegado, y me temo
 Que apretando el cerco el conde
 Haya dejado ese empeño,
 Inútil ya, á la defensa,
 Que es más urgente, acudiendo.
 TER. ¿Tan aprisa el conde vence?
 ALCAI. Es tan grande su denuedo
 Que es vana la resistencia:
 Crece por puntos el riesgo,
 Y aún más, porque en la ciudad
 Partido en bandos el pueblo,
 Quien el alcázar defiende,
 Quien el muro, y quien dispuesto
 En favor del conde acude
 A abrirle las puertas.
 TER. ¡Cielos!
 ¿Y que esto mis ojos vean
 Y triunfe Castilla?
 ALCAI. Dentro
 De las calles ya se han visto
 Castellanos, los primeros
 Que valientes se han echado
 Desde el muro, si bien presto,
 Por ser pocos, han pagado
 Su temerario ardimiento.
 Mas imitado de muchos
 Este valeroso ejemplo,
 Poco tiempo el rey, por más
 Que le ayuden sus guerreros,
 Disputará la victoria
 A los castellanos fieros
 Que como leones combaten.
 TER. No me ha de sobrar el tiempo.
 ¿Hiciste lo que encargado
 Te dejé?
 ALCAI. Señora, ciego
 Obedecí tus mandatos.
 TER. En buen hora: vamos presto.
 La condesa sale aquí.
 Déjala; no tardaremos
 En volver. Corre. ¡Insensata!
 El conde podrá vencernos;

Pero yo sabré, vencida,
Morir vengada á lo menos.
(*Vánse*).

ESCENA VI

DOÑA SANCHA

SANCHA. Cesó, gran Dios, el tumulto;
Nada oigo; cesó el estruendo.
Ya torna á lucir el día,
Y en balde con él espero
Que torne también mi esposo
A sacarme de mis hierros.
Quién sabe si en este instante,
Víctima de tu denuedo,
Por salvarme yaces roto
Y despedazado el pecho.
¡Oh bárbara incertidumbre!
¡Oh inexplicable tormento!
Corazón acongojado,
Deshazte en llanto sin duelo,
Pues para tí sin el conde
No hay en la tierra consuelo.
Ojos que marchar le visteis
Y no volveréis á verlo,
Pues que el conde ya no vuelve,
Lloremos, sin fin, lloremos.

TERESA (*Al paño al alcaide: éste trae en una bandeja copa y daga.*)

No hay ya tiempo que perder:
Seguidme: este es el momento.

ESCENA VII

DOÑA SANCHA, DOÑA TERESA, ALCAIDE

SANCHA. ¿Quién se acerca en esta oscura
Mansión? Pero ¡oh Dios! ¿qué veo?

TERESA. ¡Vive Dios! que mientras más
La miro, más la aborrezco.

SANCHA. ¡Qué aparato cruel! ¿Qué es lo que
(*intentas?*)
¿Qué pretendes de mí? ¿Qué aspecto! ¿Ca-
(*llas?*)

¿Qué es de mi esposo, dime? ¿Todavía
No es del rey vencedor?

TERESA. ¡Mísera!

SANCHA. ¡Ay! Habla.

Sí, ya lo veo; tu feroz sonrisa
Harto claro me explica su tardanza.
¿Es vencido? ¿Le han muerto? No te acer-
(*ques.*)

¿Qué intención?... esa copa... tus miradas...
Gran Dios, ampara mi inocencia!

TERESA. ¿Tiemblas?

Pronto no temblarás.

SANCHA. ¡Oh, qué palabras!

TERESA. ¡Feroces, como yo! Pues que los lazos
Nos unen de la sangre y nos hermanan,
Quiero yo nuestro amor también con sangre
Nuestra sellar. ¿Entiendes? Pues ya tardas.

SANCHA. ¡Qué horror! ¿Qué es lo que has di-
(*cho?*) ¡Rey Don Sancho!
¡Don Sancho! Nadie me oye...

TERESA. Bien guardadas
Por mis gentes estamos. ¡Ea! presto,
Si entre viles martirios en la plaza
No quieres á un verdugo dar tu vida:
Elige: ó el veneno ó esa daga.
Aun te doy á elegir.

SANCHA. ¡Piedad!

TERESA. En balde
Ruegas. Presto ha de ser: elige y calla
Para siempre.

SANCHA. ¡Morir! ¡Ahora, en los años
En que todo á vivir me convidaba!
¡Ay! yo tiemblo morir... Tente ¡infelice!
(*Cae abrazada á sus rodillas.*)

TERESA. ¿Pretendes que yo misma, desgra-
(*ciada...?*)

SANCHA. ¡Fernán González! Deja que á mi es-
(*poso*)
Pueda en mis brazos estrechar. . . Aguarda
Siquiera á que le vea... Dime al menos
Qué es de él...

TERESA. (Mucho tardamos. Engañarla
Quiero, y que expire de dolor.) ¿Pensaste,
Necia, que si tu esposo respirara,
Y vencernos pudiese, yo á su esposa
Matara, exasperándole en su saña?
¿Por dónde imaginó con un puñado
De hombres, de Sancho resistir las armas?
Sin esperar cerrado entre sus muros
A tan débil contrario, la campaña
Corrió ardiente en su busca el hijo mío:
Presto lo escarmentó. Sola, en la plaza
Yo encargada quedé. Juzga tú ahora
Si está escrito allá arriba, que á la helada
Tumba descieras hoy á reunirte
Con tu difunto esposo, que te llama.

SANCHA. ¡Cielos!

TERESA. (Mas, ¿qué rumor? Fáltame el
(*tiempo.*)

SANCHA. Dame la copa. ¡Por piedad, hermana!
Dámela presto ya... yo te lo pido...
Toda la apuraré.

TER. Toma y acaba.

(Más cerca ya el rumor... ¿será que?) (*Se oyen voces*)

SANCHA.

¿Acaso?

TER. No, no te halague un resto de esperanza.

Esos los gritos son de los leoneses
Que tornan, y con vivas la pasada
Victoria solemnizan.

SANCHA.

¡No hay remedio!

(Al decir esto y llegar la copa á sus labios, se oye un gran estruendo y entra el primero Fernán González. Doña Sancha lo ve, deja caer la copa, y huye á refugiarse en los brazos del conde; al mismo tiempo que doña Teresa da varios pasos atrás para coger la daga que tiene el Alcaide y la persigue; pero se echan sobre ella los castellanos de que se llena la escena.)

SANCHA. ¡Santo cielo!

TER.

¿Qué miro?

FERNÁN. (*Desde el fondo*)

¡Sancha! ¡Sancha!

TER. No ha de valerte: muere...

SANCHA.

¡Esposo mío!

(*Queda en los brazos del conde sin sentido*)

TER. ¡Oh rabia! No: dejadme... Sin venganza

Yo no anhele vivir. Adiós, esposos

A mi pesar felices! Fueron vanas

Mis diligencias todas. ¡Oh! que el cielo

Os maldiga á los dos, como en mi rabia

Yo os maldigo también: eternamente

Mi rencor á las furias os consagra.

ESCENA VIII

EL CONDE, DOÑA SANCHA, DON GONZALO DÍAZ,
CASTELLANOS etc.

SANCHA.

(*Volviendo en sí*)

¿Eres tú, Fernán González?

¿Tú entre mis brazos, mi dueño?

FERNÁN. Para nunca, Sancha mía,

Tornar á soltarme de ellos.

Castellanos, reportaos,

Que ya el enemigo es nuestro.

De nuestras invictas armas

Ya está León todo lleno,

Y hasta el rey don Sancho gime

De mis armas prisionero.

De mi alazán generoso

Pues no satisface el precio

Y del azor, haga en cambio

Dejación de sus derechos

Pretendidos á la silla

De Castilla, y sea exento

De hoy más todo castellano

De homenaje á León y Oviedo.

Y pues que yo, por ser justa

Mi querélla, no pretendo

Lo suyo, á nuestros hogares,

Castellanos, tornaremos.

Donde con mayores glorias

Brillen nuestros altos hechos,

Que bien merece Castilla,

Patria feliz, que tenemos,

Que la hagan dichosa y grande

Nuestras virtudes y esfuerzos.

POESÍAS

Á UN MAL ARTISTA QUE SE ATREVIÓ Á HACER EL BUSTO
DE DOÑA MARIQUITA ZAVALA DE ORTIZ DESPUÉS
DE SU FALLECIMIENTO

SONETO

Tente, mentido Fidias que, profano,
dando al mármol inerte alma fingida
tornar imaginabas á la vida
á Cintia bella con esfuerzo vano.

La grosera facción tu inhábil mano
deja en la piedra á trechos esparcida,
que con torpe cincel hiere atrevida,
remedo informe del cincel de Cano.

No, si Apolo contigo fué severo,
te vengues crudo en la indefensa hermosa
del arte, con que lucha tu flaqueza.

Si la muerte, de hollarla temerosa,
sus rosas respetó, no tú más fiero
borrar pretendas su inmortal belleza.

Abril 1829

AL ESPOSO DE DOÑA MARIQUITA ZAVALA, HABIENDO MAN-
DADO HACER UN BUSTO DE ESTA SEÑORA, DESPUÉS DE SU
MUERTE, Á UN ARTISTA QUE LE HIZO TORPEMENTE

EPIGRAMA

No más llorar, Miguel; que la esperanza
torna el busto del dueño malogrado.
Si bien la semejanza,
por no afligirte el alma conmovida,
del artista el cincel disimulado
dentro en la piedra la dejó escondida.

Abril 1829

EPIGRAMA

REPENTINO Á UN CLAVEL IMPROVISADO

Esta, que ves, florecilla,
esparcida en el papel,
por más que á tus ojos pese,
vive Dios que es un clavel.

ANACREÓNTICA

Toma esa sucia plata,
toma, platero, ese oro,
y en el ferrado yunque
suenan el martillo tosco.
Cansa el metal sonante,
y al golpe ponderoso
la denegrida fragua
retumbe en ecos broncos.
No con pesada mano
de un casco fragoroso
ni de bruñida cota
dibujes los contornos
donde Mavorte fiero
con el semblante torvo
anime á la refriega
al sanguinario loco.
Hazme, platero, un vaso
cóncavo, igual, redondo,
donde beber yo pueda
del jugo más sabroso;
del que nos dan las uvas
en el templado otoño,
y sobre todo hazlo
cuanto pudieres hondo.
Con el buril esculpe
en su luciente dorso
no de feroz guerrero
el atezado rostro.
Ni el brazo peregrino
del extranjero corso,
en Austerlitz y en Lodi
y en Jena victorioso.
Ni el rayo que obediente,
presagiador de lloro,
llena á su voz terrible
de espanto el orbe todo.
Ni el bronce ya homicida
que con fragor sonoro
muerte despiden y luto

entre el ardido plomo.
 Ni el mentecato grave
 que en el papel añoso
 mentidos bienes busca
 bajo su antiguo polvo.
 Graba mi rostro alegre
 vertiendo risa y gozo
 al delicado aspecto
 del jerezano mosto.
 Y á Baco el rubio grano
 pisando allí afanoso,
 sacando del racimo
 el zumo blanco y rojo.
 Y amor también que juegue
 con pámpanos hojosos
 y entre la cepa umbría
 se esconda con su dolo.
 Y allí Célida hermosa
 vertiendo vino en torno,
 y alma prestando y fuego,
 y vida al cuadro todo.
 Burlando ya mis penas,
 secando ya mi lloro,
 ó ardiendo en puras llamas
 á los robustos mozos.
 Y así de honores tantos
 si le fabricas pronto,
 te llenen los mortales
 de tu vivir celosos;
 como abundantes tragos
 con el tazón lustroso
 del tinto Valdepeñas
 he de vaciar beodo.

Abril 1829

ANACREÓNTICA

Quiero cantar las lides
 en cítara entonada
 sonando el eco horrendo
 de fúnebres batallas.
 Mas rebelde mi lira
 cuando mi mano airada
 la pulsa, á Fili bella,
 sólo á mi Fili canta.
 En balde, en balde quiero
 las épocas pasadas
 renovar en mi lira
 y antiguas las hazañas.
 Amor las cuerdas todas
 sacude con sus alas
 y obstinado celebra
 la bella que le encanta.

En balde yo las cuerdas
 ardiendo en ira y rabia
 una y otra y mil veces
 despechado mudara.
 Sólo á la linda Fili
 cuando yo la pulsaba,
 sólo sus quince hermosos
 amor con ella alaba.
 Suena, pues, lira mía,
 tus voces acordadas
 hoy el natal de Fili
 den á los ecos blandas.
 Y al vibrarlas Favonio
 vuela y con dulce calma
 en su cabello de oro
 deposite sus auras.
 Vuele el amor á Fili
 y entréguele su aljaba
 y bullicioso juegue
 en sus pomas de nácar.
 Del tardo Manzanares
 las ninfas y zagalas
 cojan vistosas flores
 y hagan de ellas guirnaldas.
 Suenen, lira, tus cuerdas
 en la fresca mañana
 la rosa del capullo
 arrojando sus gracias.
 Volad, versos, á Fili,
 y en premio suplicadla
 que torne sus ojuelos
 á mirarme apiadada,
 y en tantos besos deje
 que en su labio de grana
 mi labio robe el fuego
 que en su coral se guarda;
 cual ve corderos blancos
 pacer en la comarca,
 y como tiene el prado
 fragantes flores gayas;
 como hebras blondas rizas
 sobre su frente vagan
 y deja el mar menudas
 arenas en la playa;
 como suspiros tiernos
 por ella el pecho lanza,
 como zagales bellos
 se abrasan en su llama.

Abril 1829

EPIGRAMA

Siempre ha gemido la prensa;
pero hoy que le das, Talidío,
á imprimir tus obras todas,
gime al menos con motivo.

ODA

¿Por qué, mariposilla,
volando de hoja en hoja,
haciendo vas alarde
ya de inconstante y loca?

¿Por qué, me dí, no imitas
la abeja que industriosa
el jugo de las flores
constante en una goza?

Advierte que no vaga
del alelí á la rosa,
que *una* entre miles busca
y una fragante sola.

Y cuando ya la elige
hasta exprimirla toda,
jamás voluble pasa
sin disfrutarla á otra.

¿No ves también que el pecho
de ella liciones toma?
que así jamás libada
deje de amor la copa.

Si en tus cambiantes raros
el sol que te colora
deslumbra nuestros ojos
con tintas mil vistosas;

¿Por qué,avecilla leve,
rehusas voladora
sola, una flor y un cáliz
cubrir de orgullo y gloria?

Pára el batir tus alas,
pára en las blancas pomas,
y en el turgente seno
de la que el pecho adora.

Allí una florecilla
dulce fragancia hermosa
al seno de mi Fili
con ambición le roba.

Vuela, mariposilla,
que si una vez tan sola
en sus matices quieta
de sus delicias gozas,

No ya más inconstante
has de querer traidora
volver á la floresta
á revolar entre otras.

Vuela,avecilla, vuela,
recoge sus aromas,
y tórnate á mí luego
y dame cuanto cojas.

LETRILLA

Allá cuando niño
creí placentero
ver á Anacreonte
en mis gratos sueños.
Traía en el hombro
su fiel mensajero,
la blanca paloma
de rizado cuello.
Y con su piquito
á veces un beso
le daba al anciano
y un arrullo tierno;
y él agradecido
el dulce alimento
entonces le daba
de sus labios mismos;
la copa de zumo
llenaba Liéo,
que con miel mezclaba
de panal bermejo.
Y al lado llevaba
el falaz artero
la lira más suave
que vates oyeron.
Su barba en perfumes
bañaba y su pelo;
brillaban sus ojos
cual si echaran fuego.
Llegóse el beodo
á mi blando lecho,
ya cantando amores,
ya mosto bebiendo;
y con risa loca
el alegre viejo
mostróme la lira
con su propio dedo.
Quíseme á sus brazos
arrojar, mas presto
despertóme el susto
y el súbito esfuerzo.
Y entonces ¡oh prodigio!
aunque fuera sueño,
Halléme la lira
que dejara el griego.
Cogíla turbado,
Pulsé, y amor luego
que en la cuerda estaba
respondióme ledó.

De entonces mi lira
alegre conservo
y si bien no dulce
como en otro tiempo,
mis ocios divierte
sonando á lo menos
amores tan sólo,
tan sólo Liéo.

ÓDA

¿Dónde, abeja incansable,
dónde vas susurrando?
¿De alguna flor sabrosa
buscas la miel acaso?
No más, no más registres
el tomillo del prado,
no más el cáliz puro
vayas de flor buscando.
Sin aguardar que el tiempo
reverdezca los ramos,
la miel más dulce y rica
toma aquí todo el año.
Llega de Lisi hermosa,
llega á los suaves labios,
y en su calor te guarda
del aire y frío insano.
¿Qué rosa, qué flor bella
habrás nunca gozado
que dé tan suave aroma,
sabor tan delicado?
La miel coge que miras
contino destilando,
ven luego y en los míos
ponla de rato en rato.
Y vuelve nuevamente,
y exprime sus encantos,
y torna al labio mío,
abejilla, á dejarlo,
Y tantas veces firme
renueva tu trabajo
como en mis días besos
tengo en ellos sellados.
Que yo, abeja preciosa,
también cuando libarlos
tierna Lisi me deja,
jamás, jamás me canso.
Cuida empero no herirla,
cuando la estés besando,
con el duro acicate
el terso cutis blanco.
Tiembla en mi crudo ejemplo,
que por herirla ufano,

el corazón en pena
¡ay triste! me ha costado.
Que el que una vez la hiere
luego pierde el descanso,
y abrasado en su fuego
muere al punto en sus brazos.
Si, empero, incauto alguno
te pretendiese osado
quitar la vez, escucha,
que lo pretenda en vano.
Súbite en él esconde
el tu aguijón airado
y aprenda en su castigo
cuanto fué temerario.
Y en vez de miel suave
sepa en tu hierro amargo
que á Tirsi bien tan grande
le está sólo guardado.

Á UN MAL POEMA TITULADO «LAS MISERIAS DEL
HOMBRE»

EPIGRAMA

Las miserias del hombre
canta Talidio;
y yo al oírle, todas
ya las olvido.
Porque es entre ellas
el escuchar su canto
mayor miseria.

LETRILLA ANACREONTICA

Venga, Fili,
bullicioso
el sabroso
de Jerez.
Del buen mosto
de la uva
la honda cuba
vaciaré.

Si en la plácida
hermosura
mi ventura
toda está,
y en la cepa
deliciosa,
¡justo, hermosa,
no será

Que unas veces en mi vaso,
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Si del vino
 todo el año
 no has engaño
 en el beber;
 en la copa
 vacia, chico,
 suave y rico
 moscatel.

Si en el pecho
 conmovido
 late henchido
 corazón,
 ¿por qué, Fili,
 pues, te aíras,
 y me miras
 con rigor

Porque á veces en mi vaso,
 y en tus labios otras beba,
 ya del rancio de Peralta,
 ya la dulce miel hiblea?

Mientras haya
 vino y bellas,
 las querellas
 depondré.
 Es mi gozo
 su sonrisa,
 mi divisa
 es el placer.

Ese brazo
 blanco y bello
 á mi cuello
 le has de uncir.
 Vayan lejos
 las quimeras
 y no quieras
 impedir

Que unas veces en mi vaso
 y en tus labios otras beba,
 ya del rancio de Peralta,
 ya la dulce miel hiblea.

Ese trozo
 de cervato
 que ya ha rato
 rojo está,
 saca, Fili,
 de entre el humo,
 con el zumo
 venga acá.

Echa en tanto
 que algo quepa,
 de la cepa
 el buen licor.
 Y esta, Fili,
 entre placeres,
 es, si quieres,
 ocasión

De que á veces en mi vaso
 y en tus labios otras beba,
 ya del rancio de Peralta,
 ya la dulce miel hiblea.

Mientras pasa
 el crudo frío,
 que vacío
 nunca esté.
 Lejos vayan
 de tu pecho
 el despecho
 y el desdén.

Mientras Fabio
 el bosque umbroso
 va cuidadoso
 á registrar,
 yo gozando
 con mil lazos
 tus abrazos,
 bien será

Que unas veces en mi vaso
 y en tus labios otras beba,
 ya del rancio de Peralta,
 ya la dulce miel hiblea.

Mientras huye
 del montero
 el artero
 jabalí;
 y la jauría
 que acaudilla
 la corcilla
 ve morir;

En los restos
 de una encina
 la cecina
 se ha de ahumar,
 y empinando
 el Valdepeñas,
 pues me enseñas,
 bien querrás

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y el cabrito
venga, que asas
en las brasas
y el pernil,
y de mieles
rica torta
presto corta
y dame á mí.

Con el brazo,
más desnudo,
hazme un nudo
alrededor,
y la copa
tan vaciada,
llena, amada,
que es razón

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Gira, suerte,
aguesa rueda,
si me queda
que empinar:
que las penas
de contino
en el vino
se han de ahogar.

Ya se dobla,
Fili hermosa,
temblorosa
aquella luz.
Mosto, Fili,
vacía el resto,
toma presto
y bebe tú,

Ya que á veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

¿Quieres, necia,
los traguillos
repetillos
como yo?

Deja, Fili,
el loco intento
que aun me siento
con vigor,

Y otro fuerte
desafío
de más brío
has de acabar.
Cada brindis
que alce el brazo
un abrazo
tú me da;

Mientras tanto que en mi vaso
ó en tus labios, Fili, beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Si quisieron
los amores
tus colores
encender;
si fué la uva
ãesgajada,
ya preñada
del placer;

Como el pece
el agua hendiendo,
que bebiendo
ha de morir;
ya beodo
tú me deja
cual la abeja
en el jazmín,

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Si al tocarte
brotas luego
vivo fuego
en el mirar;
cual la chispa
al golpe fiero
del acero
el pedernal:

Si contino
tus caricias
mil delicias
vierten ya

¿Por qué, Fili,
á mis placeres
no les quieres
agregar

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Porque apenas
en el año
el rebaño
guardo yo,
y vaciando
aquí á la lumbre
una azumbre
del Chinchón;

De las nieves
á la llama,
ó en la cama
cuido huir;
me aborrecen
dañadores
los pastores
del redil,

Y no quieren que en mi vaso,
ó en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Ni me pueden
las hermosas
envidiosas
ya sufrir,
porque nunca
tan travieso
yo las beso
como á tí.

Mas ¿qué importa
si reimos
y vivimos
bien los dos?
Mientras tú
besar te dejas,
guarde ovejas
el pastor.

Y entre tanto que en mi vaso
ó en tus labios dulce beba,
ya del rancio de Peralta,
ya sabrosa miel hiblea.

Si disfruto
de mil modos,
digan todos
mal de mí;
que yo vengo
mis agravios
en tus labios
de carmín.

Vaya entonces
por cada uno
que importuno
me haga mal,
otro beso,
y de la bota
del de Rota
un trago más,

Y haz que siempre ya en mi vaso,
ya en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y la cama
has de mullirme
que dormirme
siento ya;
y ya miro
tu belleza
y la pieza
vueltas dar.

Cuando un tiempo
ya en la bota
no haya gota
del Chinchón,
trataremos,
Fili hermosa,
si es que es cosa
justa ó no

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y echa presto
bien mullido
del ejido
ese vellón;
que mis venas
va inflamando
fuego blando
del amor.

Cuando pasen
treinta abriles
juveniles
por tu tez,
pensaremos
ya sin susto
si es que es justo
ó no lo es

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Abril 1829

LETRILLA

Arroyito limpio
ruin y mal pensado
que entre guijas duras
pasas murmurando;
y esos tus cristales
corres á mezclarlos
con las arenillas
doradas del Tajo;
si llegas á Fili
cuando esté en mis brazos
cesa tu murmurio
maldiciente y bajo,
que la niña Fili
si acierta á escucharlo,
cuando sin testigo
los dos nos besamos,
presto, medrosilla,
temerá si acaso
vas de sus ternezas
hablador mofando,
y el pudor entonces
á mi tierno halago
con repulsa fiera
dejará burlado.
Y vosotras, ninfas
de los verdes prados,
que sabéis sin duda
lo que corre hablando;
y vosotras, flores
de colores gayos,
que en su margen pura
refrescáis el labio;
por la ninfa Fili
decidle algo al paso
y en el blando seno
florido acalladlo.
Y así, mi arroyuelo,
si entre los peñascos

de hoy más, comedido,
te deslizas manso,
nunca el noto fiero
te altere bramando,
ni ábrego en estío
te enjугue el regazo.
Mas dulce Favonio
y el céfiro blando
que ricen tus alas
con soplo anhelado.
Y así zagalejas
labios purpurados
acerquen ansiosas
á tu dorso claro;
y á tus ondas fíen
tesoro guardado,
y la envidia seas
de mozos gallardos.

Abril, 1829.

ODA

¿Qué importa, linda Fili,
qué importa que te digan
si mi cariño pagas
maliciosas amigas?
¿Qué vale porque el cielo
les niegue tanta dicha
que de mi amor y el tuyo
ya murmuren, ya rían?
¿No ves que son en ellas
esas necias hablillas
tristes recursos, Fili,
de estériles envidias?
Si el fuego que me abrasa
le encendiste tú misma,
apágalo en tus brazos
y lo demás descuida.
Que no cuando te viera
cautivo el primer día,
para encenderme el alma
consejos les pedías.
Si para hacerme el daño
no curaste de amigas,
¿por qué para enmendarle
de todo el mundo cuidas?
Torna hacia mí piadosa
esas brillantes niñas,
y deja que mi premio
le busquen tus mejillas.
Deja que en ellas coja
dulcísima ambrosía
que sólo me entretiene
para tu amor la vida.